



Las sutilezas de Mulá Nasrudin

Cuando se llega al mar
no se habla del afluyente.

(Hakim Sanai, *El amurallado jardín de la verdad*)

Mulá (maestro) Nasrudin es la figura clásica inventada por los derviches, en parte con el fin de interrumpir por un momento situaciones en las cuales se esclarecen ciertos estado de ánimo. Los relatos de Nasrudin, conocidos por todo el Oriente Medio, constituyen (en el manuscrito, *La sutilezas del incomparable Nasrudin*) uno de los más extraños aciertos en la historia de la metafísica. Superficialmente, la mayoría de los relatos de Nasrudin pueden usarse como chistes. Se cuentan una y otra vez en las casas de té y en las tertulias de las caravanas, en los hogares y por las emisoras de radio de Asia. Pero una cualidad inherente a los relatos de Nasrudin es que pueden comprenderse en alguno de sus muchos niveles. Nos encontramos con el chiste, la moraleja, y ese algo extra que conduce a la conciencia del místico potencial un poco más lejos en su camino hacia la realización.

Puesto que el sufismo es algo que se vive, además de percibirse, un cuento de Nasrudin no puede producir por sí mismo el esclarecimiento total. Por otra parte, tiende un puente entre la vida mundana y una trasmutación de la conciencia de un modo que ninguna otra literatura ha sido capaz de alcanzar.

Las sutilezas no han sido nunca presentadas en su totalidad a un auditorio occidental, probablemente porque los relatos no pueden ser debidamente traducidos por alguien que no sea sufi, ni estudiados fuera del contexto sin perder su impacto esencial. Incluso en oriente, la colección solo es empleada para fines de estudio por los sufis iniciados. “Chistes” individuales de la colección se han introducido en casi todas las literaturas del mundo y se les ha dispensado cierta atención académica con el objeto de presentarlos como un ejemplo de las influencias culturales o para corroborar argumentos a favor de la básica similitud del humor en todas partes del mundo. Pero aunque los relatos hayan probado su poder de supervivencia gracias a su perenne atractivo humorístico, ello es enteramente secundario a la intención del conjunto, que es la de proporcionar una base para la difusión de la actitud sufi ante la vida, y para hacer posible el logro de la realización y experiencia mística súfica.

La leyenda de Nasrudin, anexa a las *Sutilezas* y que data por los menos del siglo XIII, alude a algunas de las razones de la existencia de Nasrudin. Es imposible evitar que el humor se propague, sabe deslizarse a través de las pautas mentales impuestas a la humanidad por la costumbre y la voluntad. Como un sistema completo de pensamiento, Nasrudin existe a profundidades tan diversas que no se le puede matar. Parte de esta verdad queda demostrada por el hecho de que organizaciones tan diversas como la Sociedad Británica de la Promoción del Conocimiento Cristiano y el gobierno soviético han solicitado ambos los servicios de Nasrudin. La primera publicó varios de los relatos como *Cuentos del Khoja*, y los rusos –quizá por aquello de “si no puedes vencerles únete a ellos”- hicieron una película de Nasrudin bajo el título *Las aventuras de Nasrudin*. Incluso los griegos, que han aceptado pocas otras cosas de los turcos, le consideran parte de su herencia cultural. La secular Turquía ha publicado, a través de su ministerio de Información, una selección de los chistes metafísicos atribuidos a este supuesto predicador musulmán que es el arquetipo del místico sufi. Y sin embargo las órdenes derviches fueron disueltas por la ley en la republicana Turquía.

Nadie sabe realmente quien fue Nasrudin, dónde vivió o cuándo. Esto es muy característico, porque toda la intención es suministrar un personaje que no pueda ser realmente caracterizado y que viva al margen del tiempo. Lo importante para los sufis es el mensaje, no el hombre. Esto no ha impedido que la gente le proveyera de una historia falsa e incluso de una tumba. Los eruditos, contra cuya pedantería Nasrudin sale a menudo triunfante en sus relatos, ha llegado a intentar un desmenuzamiento de las *Sutilezas* con la esperanza de encontrar el apropiado material biográfico. Uno de sus “descubrimientos” hubiese divertido al propio Nasrudin. Nasrudin dijo que en este mundo se consideraba colocado cabeza abajo, aduce un erudito; y de esto infiere que la supuesta fecha de la muerte de Nasrudin, inscrita en su “tumba”, no debería leerse 386, sino 683. Otro profesor cree que los números arábigos empleados darían, si se invirtieran correctamente, la cifra 274. Refiere con gravedad que un derviche al que acudió en busca de ayuda “se limitó a decir: “podría soltar una araña sobre un charco de tinta y observar las marcas que va dejando al salir. Esto quizá le daría la fecha exacta o algún otro indicio””.

De hecho, 386 equivale a $300 + 80 + 6$. Traspuesto a letras arábigas, se obtienen las consonantes SH, W, F, que forman la palabra SHaWaF: “hacer que alguien vea; enseñar una cosa”. La araña del derviche *daría* algún indicio, como él mismo dijera.

Si examinamos algunos de los relatos clásicos de Nasrudin de la manera más imparcial posible, no tardamos en descubrir que el enfoque totalmente escolástico es el último que se permitiría un sufi:

Nasrudin dijo algo muy poco gramatical mientras dirigía una balsa a través de un río de aguas turbulentas.

- ¿No has estudiado nunca gramática?-le preguntó el erudito.
- No.
- En tal caso, haz echado a perder la mitad de tu vida.

Unos minutos después, Nasrudin se volvió hacia el pasajero.

- ¿Has aprendido a nadar?
- No. ¿Por qué?
- En tal caso haz echado a perder toda tu vida: ¡nos estamos hundiendo!

Tal es el énfasis prestado al sufismo como una actividad práctica, negando que el intelecto formal puede llegar a la verdad y que la mente acostumbrada al mundo familiar pueda aplicarse a la verdadera realidad, que se mueve en otra dimensión.

Esto es subrayado con mayor fuerza todavía en un sutil relato que se desarrolla en una casa de té; un término sufi para un lugar de reunión de los derviches.

Entra un monje y declara:

- Mi maestro me enseñó a propagar la palabra de que la humanidad nunca será feliz hasta que el hombre que *no* ha sido ofendido se indigne ante una ofensa de igual modo que el hombre a quien *sí* se ha ofendido.

La reunión se impresiona momentáneamente. Entonces habla Nasrudin:

- Mi maestro *me* enseñó que nadie debe indignarse por nada hasta estar seguro de que aquello que le parece una ofensa es realmente una ofensa, ¡y no una bendición disfrazada!

Nasrudin, en su calidad de maestro sufi, usa con frecuencia la técnica derviche de representar él mismo el papel del hombre ignorante del relato, a fin de resaltar una verdad. Un célebre relato que niega la creencia superficial en causa y efecto le presenta como la víctima:

Un día, Mulá Nasrudin paseaba por un callejón cuando un hombre resbaló de un tejado y cayó encima de él. El hombre salió indemne, pero el Mulá fue llevado al hospital.

- ¿Qué enseñanza te sugiere este suceso, maestro? –le preguntó uno de sus discípulos.
- ¡No creas en la inevitabilidad, incluso aunque causa y efecto parezcan inevitables! Elude las preguntas teóricas como “si un hombre cae desde un tejado, ¿se desnucará?” ¡Él cayó, pero fui yo quien se desnucó!

El hecho de que la persona media piense según unas pautas determinadas y no pueda adaptarse a un punto de vista muy diferente, le hace perder gran parte del sentido de la vida. Puede vivir, incluso progresar, pero no puede comprender lo que ocurre. El relato del contrabandista lo expresa con gran claridad:

Nasrudin solía cruzar la frontera todos los días, con las cestas de su asno cargadas de paja. Como admitía ser un contrabandista cuando volvía a casa por las noches, los guardas de la frontera le registraban una y otra vez. Registraban su persona, cernían la paja, la sumergían en agua, e incluso la quemaban de vez en cuando. Mientras tanto, su prosperidad aumentaba visiblemente.

Un día se retiró y fue a vivir a otro país, donde, unos años más tarde, le encontró uno de los aduaneros.

- Ahora me lo puedes decir, Nasrudin –le interpelló-. ¿Qué pasabas de contrabando, que nunca pudimos descubrirlo?
- Asnos –contestó Nasrudin.

Este relato pone también de relieve una de las más importantes afirmaciones del sufismo: que la experiencia preternatural y el objetivo místico están más cerca de la humanidad de lo que se supone. La suposición de que lo esotérico o trascendental ha de ser lejano o complicado procede de la ignorancia de los individuos. Y esa clase de individuo es la menos indicada para juzgar la cuestión. Sólo está “lejos” en una dirección que él no comprende.

Nasrudin, como el propio sufi, no viola los cánones de su tiempo. Pero añade una nueva dimensión a su conciencia, rehusando aceptar con fines específicos y limitados que la verdad, por ejemplo, sea algo que pueda medirse como cualquier otra cosa. Lo que la gente llama verdad es relativo a su situación, y no podrá encontrarla hasta que comprenda este hecho. Uno de los relatos de Nasrudin, muy ingenioso, demuestra que es imposible progresar hasta que se puede ver a través de la verdad relativa.

Un día, Nasrudin se hallaba en la corte. El rey se lamentaba de que sus súbditos eran mentirosos.

- Majestad –le dijo Nasrudin-, hay dos clases de verdad. La gente ha de practicar la verdad real antes de poder usar la verdad relativa. Pero siempre lo hace al revés. El resultado es que se toma libertades con su verdad ficticia, porque sabe instintivamente que es sólo una invención.

El rey creyó que aquello era demasiado complicado.

- Una cosa ha de ser verdadera o falsa. Yo *obligaré* a la gente a decir la verdad, y con esta práctica se acostumbrarán a no mentir.

Cuando al día siguiente se abrieron las puertas de la ciudad, una horca había sido erigida frente a ellas, y a su lado se encontraba el capitán de la guardia real. Un heraldo anunció:

- Quienquiera que entre en la ciudad ha de contestar primero la verdad a una pregunta que le formulará el capitán de la guardia.

Nasrudin, que había estado esperando fuera, entró el primero.

El capitán habló:

- ¿A dónde vas? Dime la verdad o serás colgado.
- Voy –dijo Nasrudin- a morir colgado en esa horca.
- ¡No te creo!
- Muy bien. Si he dicho una mentira, ¡cuélgame!
- ¡Pero esto lo *convertiría* en verdad!
- Exactamente –dijo Nasrudin-, en *tu* verdad.

El aspirante sufi debe comprender también que las normas del bien y del mal dependen de criterios individuales o de grupo, y no de hechos objetivos. Hasta que experimenta eso internamente y lo acepta intelectualmente, no será capaz de comprensión interna. Esta escala está aplicada en un relato de caza:

Un rey que gustaba de la compañía de Nasrudin, y también de la caza, le ordenó que le acompañase en la caza del oso. Nasrudin estaba aterrado.

Cuando Nasrudin volvió a su aldea, alguien le preguntó:

- ¿Cómo fue la caza?
- Maravillosamente.
- ¿Cuántos osos visteis?
- Ninguno.
- Entonces, ¿por qué dices que fue maravillosamente?
- Cuando estás cazando osos, y tú eres yo, no ver ningún oso es una experiencia maravillosa.

La experiencia interna no puede ser transmitida por medio de la repetición, tiene que refrescarse constantemente en la misma fuente. Numerosas escuelas continúan operando mucho después de que su dinámica se haya extinguido, convirtiéndose en meros centros que repiten una doctrina progresivamente más débil. El nombre de la enseñanza puede continuar siendo el mismo. La enseñanza puede carecer de valor, puede incluso ser opuesta al sentido original, es casi siempre una caricatura de él. Nasrudin pone de relieve este hecho como uno de los puntos de su relato “Sopa de pato”:

Un pariente de Mulá fue a visitarle desde un lugar remoto del país, llevando como regalo un pato. Muy contento, Nasrudin mandó guisar el pato y lo compartió con su huésped. Sin embargo, poco después empezó a llegar un paisano tras otro, y cada uno decía que era amigo del amigo del “hombre que te trajo el pato”. Ninguno traía regalos.

Al final, el Mulá se exasperó. Un día llegó otro desconocido.

- Soy amigo del amigo del amigo del pariente que te trajo el pato.

Se sentó, como todos los demás, a esperar la comida. Nasrudin le llevó un tazón de agua caliente.

- ¿Qué es esto?
- Es la sopa de la sopa de la sopa del pato que trajo mi pariente.

La agudizada percepción que a veces alcanza el sufi le capacita para experimentar cosas que son imperceptibles para otros. Ignorantes de este hecho, miembros de otras escuelas traicionan generalmente su falta de percepción diciendo o haciendo algo que revela de manera tan evidente su falta de madurez espiritual, que el sufi puede leer en él como en un libro. En tales circunstancias, los sufis raramente se molestan en decir algo. No obstante, la percepción es ilustrada por otro relato de Nasrudin:

Nasrudin llamó a la puerta de una casa grande para pedir dinero con fines benéficos.

El criado dijo:

- Mi amo ha salido.
- Muy bien –replicó Mulá-, aunque no haya podido contribuir, te ruego que des a tu amo un consejo mío. Dile: “La próxima vez que salgas, no dejes tu cara en la ventana. Alguien podría robarla”.

La gente no sabe dónde buscar cuando desea adquirir conocimientos. Como resultado, no es extraño que se adhiera a cualquier culto, se sumerja en toda clase de teorías, creyendo que tiene la facultad de distinguir lo verdadero de lo falso.

Nasrudin enseñó esto de varias maneras. En una ocasión, un vecino le encontró de rodillas, buscando algo.

- ¿Qué has perdido, Mulá?
- Mi llave –repuso Nasrudin.

Al cabo de unos minutos de ayudarle en la búsqueda, el vecino preguntó:

- ¿Dónde se te cayó?
- En casa.
- Entonces, ¿por qué la estás buscando aquí?
- Porque aquí hay más luz.

Este relato es uno de los más famosos de Nasrudin, que es utilizado por muchos sufis al hablar sobre la gente que busca instrucción en fuentes exóticas. La representación en escena de este relato era parte del repertorio de Karl Vallentin, el difunto “payaso metafísico” de Munich.

El mecanismo de la racionalización es uno de los que impiden con efectividad el aumento de la percepción. El impacto súfico se pierde a menudo porque el individuo no lo absorbe de manera adecuada.

Un vecino fue a pedir prestada a Nasrudin la cuerda de tender ropa.

- Lo siento, pero la estoy utilizando para secar harina.
- Pero, ¿cómo puedes secar harina en una cuerda?
- Es menos difícil de lo que crees, cuando no quieres prestarla.

Aquí Nasrudin se presenta como la parte evasiva de la mente, que se niega a aceptar que hay otras maneras de acercarse a la verdad aparte de las formas convencionales.

En el desarrollo de una mente humana existe un cambio constante y un límite para la utilidad de cualquier técnica determinada. Esta característica de la práctica sufi es ignorada por los sistemas reiterativos, que condicionan la mente y crean una atmósfera de consecución o proximidad a la consecución sin alcanzarla realmente. Nasrudin figura como protagonista de un relato que intenta aclarar este hecho:

El Mulá estuvo a punto de caer en un estanque. Un transeúnte le salvó en el último momento. En lo sucesivo, cada vez que se encontraban, el hombre recordaba a Nasrudin que le había salvado de mojarse.

Por fin, incapaz de aguantarlo por más tiempo, el Mulá llevó a su amigo al estanque, se sumergió en él hasta el cuello y gritó:

- ¡Ahora estoy tan mojado como lo hubiera estado de no haberte visto nunca! ¿Me dejarás en paz?

El chiste o fábula corriente, cuyo énfasis se limita a un solo punto, no puede compararse con el sistema de Nasrudin, idealmente un recital participativo, que ejerce un efecto tanto interior como exterior o superficial. La parábola, fábula o chiste ordinarios son considerados místicamente estériles porque carecen de penetración o verdadera fuerza regeneradora.

Aparte de que la compleja ingenuidad e intención de los relatos de Nasrudin superan en mucho al personaje ruso de Baldakiev, el Joha de los árabes o el Bertoldo de los italianos – todos ellos conocidos como personajes cómicos-, algo de la diferencia en profundidad en los relatos puede determinarse comparando los chistes del Mulá con sus equivalentes en su esporádica aparición en otras partes.

Un relato zen constituye un ejemplo interesante. En él, un monje pide a su maestro que le dé una versión de la realidad que trascienda a la realidad. El maestro toma una manzana podrida, y el monje percibe la verdad mediante este signo. Nosotros permanecemos en la ignorancia de qué hay detrás, o qué conduce a la iluminación.

El relato de Nasrudin acerca de una manzana nos proporciona muchos pormenores adicionales: Nasrudin se halla entre un grupo de discípulos cuando uno de ellos le interroga sobre la relación entre las cosas de este mundo y las de una dimensión diferente. Nasrudin dice:

- Tienes que comprender las alegorías.

El discípulo replica:

- Enséñame algo práctico, por ejemplo, una manzana del paraíso.

Nasrudin toma una manzana y se la alarga.

- Pero esta manzana esta podrida por un lado. Seguramente, una manzana del paraíso sería perfecta.
- Una manzana del paraíso sería perfecta –repite Nasrudin-, pero en la medida en que tú eres capaz de juzgarlo, situados como estamos en este ambiente de corrupción, y con tus facultades actuales, nunca verás una manzana más parecida que ésta a la del paraíso.

El discípulo comprendió que los términos que usamos para las cosas metafísicas se basan en términos físicos. Con objeto de penetrar en otra dimensión del conocimiento, tenemos que adaptarnos a las formas de comprensión de dicha dimensión.

El relato de Nasrudin, que bien puede ser el original de la alegoría de la manzana, se propone añadir a la mente del interlocutor algo de aroma necesario para desarrollar la conciencia y prepararla así para las experiencias que no pueden alcanzarse hasta que se ha creado un puente.

Este desarrollo gradual de la conciencia interna es característico del método súfico de Nasrudin. El chispazo de iluminación intuitiva que originan los relatos es en parte un pequeño esclarecimiento por sí mismo, y no una experiencia intelectual. También es un paso hacia la reinstauración de la percepción mística en una mente cautiva, despiadadamente condicionada por los sistemas de adiestramiento de la vida material.

Un chiste de Nasrudin, privado (tal vez por la traducción) de su terminología técnica, aún puede transmitir corriente mediante su valor humorístico. En tales casos, gran parte de su impacto se pierde. Un ejemplo de ello es el chiste de la sal y la lana:

Nasrudin lleva al mercado una carga de sal. Su asno vadea un río, y la sal se disuelve. Cuando alcanza la orilla opuesta, el asno va de prisa porque su carga es más ligera. Pero Nasrudin está enfadado. Al día siguiente de mercado, llena sus cestas de lana. El animal está a punto de ahogarse bajo el peso incrementado al vadear la corriente.

- ¿Lo ves? –dice triunfalmente Nasrudin-. ¡Esto te enseñará a pensar si ganas algo cada vez que cruzas un río!

En el relato original se emplean dos términos técnicos, sal y lana. “Sal” (*milh*) es homónimo de “ser bueno, sabiduría”. El asno es el símbolo del hombre. Librándose de su peso de bondad en general, el individuo se siente mejor, más ligero. El resultado es que pierde su alimento, porque Nasrudin no pudo vender la sal para comprar pienso. La palabra “lana” es, naturalmente, otra palabra para designar al sufi. En el segundo viaje, el asno ve incrementado el peso de la lana, pues tal es la intención de su maestro Nasrudin. El aumento de peso se prolonga hasta la llegada al mercado. Pero el resultado final es mejor, porque Nasrudin vende la lana húmeda, que ahora pesa más que antes, por un precio más elevado que la lana seca.

Otro chiste, que también se encuentra en Cervantes (*Don Quijote*, cap. 5), continúa siendo un chiste aunque el término técnico “miedo” ha sido simplemente traducido y no explicado.

- Te haré ahorcar –dijo a Nasrudin un rey cruel e ignorante- si no pruebas que tienes las profundas percepciones que se te atribuyen.
- Nasrudin replicó en seguida que podía ver un pájaro de oro en el cielo y demonios en el interior de la tierra.
- Pero, ¿cómo puedes verlo? –replicó el rey.
 - Miedo –dijo el Mulá- es cuanto necesito.

“Miedo”, en el vocabulario sufi, es la activación de la conciencia, cuyos ejercicios pueden producir una percepción extrasensorial. Éste es un terreno en el que no se utiliza el intelecto, y se estimulan otras facultades de la mente.

Sin embargo, Nasrudin, de un modo completamente único, consigue utilizar la misma esencia de la intelectualidad para sus propios fines. Un eco de esta tentativa deliberada se encuentra en la *Leyenda de Nasrudin*, donde se relata que Hussein, el fundador del sistema, arrancó a su mensajero designado, Nasrudin, de las mismas garras del “Viejo Villano”, el burdo sistema de pensamiento en el que vivimos casi todos.

“Hussein” se asocia en árabe con el concepto de la virtud. “Hussein” significa “fuerte, de difícil acceso”.

Cuando Hussein había buscado por todo el mundo el maestro que debía transmitir su mensaje a través de todas las generaciones, casi desesperaba de encontrarlo cuando oyó una gran conmoción. El Viejo Villano estaba reprendiendo a uno de sus estudiantes por contar chistes.

- ¡Nasrudin! –vociferó el Villano-. Por tu actitud irreverente te condeno al ridículo universal. En el futuro, cuando se relate una de tus absurdas historias, tendrán que escucharse seis más sin interrupción, hasta que resulte evidente que eres un personaje grotesco.

Es creencia general que el efecto místico de siete relatos de Nasrudin, estudiados uno tras otro, basta para preparar a un individuo para el discernimiento.

Hussein, que escuchaba a hurtadillas, comprendió que cada situación da origen a su propio remedio; y que éste era el modo de presentar en su verdadera perspectiva los males del Viejo Villano. Hussein decidió preservar la verdad a través de Nasrudin.

Llamó a Nasrudin en un sueño y le impartió una porción de su *baraka*, el poder del sufi que penetra en la significación nominal del sentido. En lo sucesivo, todas las historias de Nasrudin se convirtieron en obras de arte “independientes”. Podían ser interpretadas como chistes, tenían un significado metafísico, eran infinitamente complejas y compartían la naturaleza de consumación y perfección que había sido robada de la conciencia humana por las corruptoras actividades del Viejo Villano.

Considerado desde un punto de vista ordinario, la *baraka* tiene muchas cualidades “mágicas”, aunque es esencialmente una unidad y el combustible y la substancia de la realidad objetiva. Una de estas cualidades es que cualquiera que la posea, o cualquier objeto con la que esté asociada, retiene una parte de ella, pese a todas las alteraciones que pueda haber sufrido por el impacto de personas no regeneradas. Por este motivo, la mera repetición de una broma de Nasrudin lleva consigo algo de *baraka*, y en mayor proporción si se reflexiona sobre ella. “De modo que por medio de este método, las enseñanzas de Nasrudin inspiradas por Hussein quedaron grabadas para siempre en un vehículo que no podía ser totalmente destruido. Del mismo modo que toda el agua es esencialmente agua, así también hay dentro de las experiencias de Nasrudin un mínimo irreductible que contesta a una llamada, y que crece cuando se invoca”. Este mínimo es la verdad, y a través de la verdad, la conciencia real.

Nasrudin es un espejo en que nos vemos. A diferencia de un espejo común, cuanto más se contempla, tanto más se proyecta en él el Nasrudin original. Este espejo es comparado a la célebre Copa de Jamshid, el héroe persa, que refleja el mundo entero y que los sufis “contemplan”.

Como el sufismo no se basa en la conducta artificial y comportamiento en el sentido de detalle externo, sino en el detalle comprensivo, los relatos de Nasrudin han de ser experimentados además de meditados. Por añadidura, la experiencia de cada relato contribuirá a la madurez del místico. Una de las primeras fases de la madurez llega cuando el sufi muestra signos de una percepción superior. Por ejemplo, será capaz de comprender una situación por medio de la inspiración, y no por una elucubración formal. Sus actos, por consiguiente, pueden parecer extraños a un observador que se halle en el plano ordinario de la conciencia, pero los resultados que obtenga serán correctos.

Un relato de Nasrudin acerca de los resultados correctos obtenidos por el sufi mediante un mecanismo especial (“el método equivocado”, según los no iniciados), explica muy bien las aparentes excentricidades de los sufis:

Dos hombres se presentaron ante Nasrudin cuando éste actuaba como magistrado. Uno de ellos dijo:

- Este hombre me ha mordido una oreja. Exijo compensación.
- Se ha mordido él mismo –adujo el otro.

Nasrudin aplazó el caso y se retiró a sus aposentos. Allí pasó media hora tratando de morderse la oreja. Todo lo que consiguió fue perder el equilibrio y magullarse la frente. Entonces volvió a la sala del tribunal.

- Examinad al hombre cuya oreja ha sido mordida –ordenó-. Si tiene la frente magullada, es que se la mordió él mismo, y el caso está solucionado. De lo contrario, se la mordió el otro, y el hombre atacado será compensado con tres monedas de plata.

Se había llegado al veredicto justo mediante métodos aparentemente ilógicos.

Aquí Nasrudin dio la respuesta correcta, pese a la lógica aparente de la situación. En otro relato, en el que adopta el papel de necio (“el Camino de la Culpa” para el sufi), Nasrudin ilustra de forma extrema el pensamiento humano corriente:

Alguien pidió a Nasrudin que adivinase lo que ocultaba en la mano.

- Dame una pista –dijo el Mulá.
- Te daré varias –replicó el bromista-. Tiene la forma y el tamaño de un huevo, sabe y huele como un huevo. Su interior es amarillo y blanco. Es líquido antes de hervirlo, y se cuaja con el calor. Además, ha sido puesto por una gallina...
- ¡Ya sé! –interrumpió el Mulá-. Es una especie de pastel.

Yo intenté un experimento similar en Londres. Pedí sucesivamente a tres vendedores de tabaco “unos cilindros de papel llenos de partículas de tabaco, de unos siete centímetros de longitud, empaquetados en cartones, probablemente con algo impreso en su superficie”.

Ninguna de las personas que vendía cigarrillos todos los días pudo identificar lo que yo pedía. Dos de ellas me sugirieron que buscarse en otra parte, una, entre los mayoristas, otra, en una tienda que se especializaba en importaciones exóticas para fumadores.

La palabra “cigarrillo” puede ser una pista necesaria para describir cilindros de papel llenos de tabaco, pero el hábito de las pistas, al depender de las asociaciones, no puede usarse del mismo modo en actividades perceptivas. El error está en trasladar una forma de pensar -por muy admirable que sea en su lugar adecuado- a otro contexto, e intentar emplearla allí.

Rumi narra una historia que se parece al relato del huevo de Nasrudin, pero que pone de relieve otro factor significativo. El hijo de un rey había sido puesto en manos de maestros místicos, los cuales declararon que ahora ya no podían enseñarle nada más. A fin de ponerle a prueba, el rey le preguntó qué ocultaba en su mano. “Es algo redondo, metálico y amarillo: debe ser un tamiz” contestó el muchacho. El sufismo insiste en un desarrollo equilibrado de percepciones internas y la conducta y los usos humanos ordinarios.

El sufismo niega, como ya hemos visto, la suposición de que el mero hecho de vivir nos hace perceptivos. Un hombre puede estar clínicamente vivo y perceptivamente muerto. La lógica y la filosofía no le ayudarán a alcanzar la percepción. Un aspecto del siguiente relato lo pone de manifiesto:

El Mulá estaba pensando en voz alta.

- ¿Cómo sé si estoy muerto o vivo?
- No seas necio -dijo su esposa-; si estuvieras muerto, tus miembros estarían fríos.

Poco tiempo después, Nasrudin se encontraba en el bosque cortando leña. Era pleno invierno. De repente se dio cuenta que tenía fríos las manos y los pies.

“Indudablemente estoy muerto –pensó- de modo que debo interrumpir mi trabajo. Los cadáveres no trabajan”.

Y, como los cadáveres no van por ahí caminando, se tendió sobre la hierba.

Pronto llegó una manada de lobos y empezó a atacar al asno de Nasrudin, que estaba atado a un árbol.

- Vamos, continuad, aprovechaos de un hombre muerto -dijo Nasrudin, sin moverse-; pero si estuviera vivo, no os permitiría estas libertades con mi asno.

La preparación de la mente sufi no es adecuada hasta que el sujeto sabe que debe hacer algo por sí mismo, y dejar de pensar que los demás pueden hacerlo por él. Nasrudin coloca bajo su lupa al hombre ordinario:

Un día Nasrudin entró en la tienda de un hombre que vendía toda clase de objetos.

- ¿Tienes cuero?
- Si.
- ¿Y clavos?
- Si.
- ¿Y tintura?
- Si.
- Entonces, ¿por qué no te haces un par de botas?

El relato subraya la misión del maestro místico, esencial en el sufismo, que ofrece al presunto buscador el punto de partida para hacer algo, y este algo es el “trabajo propio”, pero dirigido, que constituye la característica más relevante del sistema sufi.

La búsqueda sufi no puede ser emprendida en compañía inaceptable. Nasrudin subraya este punto en su relato de la invitación inoportuna.

Era una hora tardía, y el Mulá había estado hablando con sus amigos en una casa de té. Cuando salieron, se dieron cuenta de que estaban hambrientos.

- Venid todos a comer a mi casa -dijo Nasrudin sin pensar las consecuencias.

Cuando el grupo se hallaba cerca de su casa, se le ocurrió que sería mejor adelantarse y advertir a su mujer.

- Esperad aquí mientras le aviso –les dijo.

Al oírlo, ella exclamó:

- ¡No tenemos nada! ¿cómo te has atrevido a invitar a toda esta gente?

Nasrudin subió al piso superior y se ocultó.

Al poco rato, el hambre impulsó a sus invitados a acercarse a la casa y llamar a la puerta.

- ¡El Mulá no está en casa!

- ¡Pero si le hemos visto entrar por esta puerta! –gritaron.

De momento, ella no supo que decir.

Vencido por la ansiedad, Nasrudin, que había contemplado la escena desde la ventana, se asomó y dijo:

- Podría haber salido por la puerta trasera ¿no?

Varios de los relatos de Nasrudin ponen de relieve la falsedad de la creencia general humana de que el hombre posee una conciencia estable. A merced de impactos internos y externos, la conducta de casi todo el mundo varía de acuerdo con su estado de ánimo y de su salud. Si bien este hecho es reconocido en la vida social, no es admitido completamente en la filosofía o la metafísica formal. En el mejor de los casos, se espera del individuo que cree en sí mismo un marco de devoción o concentración por medio del cual pueda alcanzar la iluminación o la realización. En el sufismo, es toda la conciencia que en definitiva debe ser transformada, comenzando por el reconocimiento de que el hombre no regenerado es poco más que una materia en bruto. Carece de naturaleza fija, de unidad de conciencia. En su interior hay una “esencia”. Ésta no se haya vinculada a todo su ser, ni siquiera a su personalidad. En última instancia, nadie sabe automáticamente *quién* es en realidad, pese a la creencia en sentido contrario. Nasrudin cuenta:

Un día el Mulá entró en una tienda.

El propietario se acercó a él para atenderle.

- Lo primero es lo primero –dijo Nasrudin-. ¿Me has visto entrar en tu tienda?

- Naturalmente.

- ¿Me habías visto alguna otra vez?

- Ni una sola en toda mi vida.

- Entonces, ¿cómo sabes que soy yo?

Por excelente que pueda ser como un simple chiste, aquellos que lo consideran como la idea de un hombre estúpido, sin darle un significado más profundo, no serán personas adecuadas para beneficiarse de su poder regenerador. De un relato de Nasrudin extraemos sólo un poco más de lo que ponemos en él; si a una persona le parece un mero chiste, dicha persona necesita más trabajo propio. La vemos caricaturizada en este diálogo de Nasrudin sobre la luna:

- ¿Qué hacen con la luna cuando es vieja? –preguntó al Mulá un hombre necio.

La respuesta fue digna de la pregunta:

- Cortan cada una de las lunas viejas en cuarenta estrellas.

Muchos de los relatos de Nasrudin ponen de relieve el hecho de que la gente que busca la comprensión mística, la espera de acuerdo a su propia mentalidad, excluyéndose así de ella desde el principio. Nadie puede pretender alcanzar la iluminación si cree que sabe en qué consiste y que puede lograrla a través de un sendero bien definido que ya conoce de antemano en el momento de empezar.

A esto se refiere la historia de la mujer y el azúcar:

Cuando Nasrudin era magistrado, se presentó a él una mujer con su hijo.

- Este muchacho –le dijo- come demasiado azúcar. No me puede permitir el lujo de darle todo el que quiera. Por ello te pido formalmente que le prohíbas comerlo, ya que a mi no me obedece.

Nasrudin le pidió que volviera al cabo de siete días.

Cuando ella volvió, aplazo de nuevo su decisión hasta la semana siguiente.

- Muy bien –dijo al muchacho-. Te prohíbo tomar más de tal y tal cantidad de azúcar al día.

La mujer le preguntó entonces por qué había necesitado tanto tiempo para dar una orden tan sencilla.

- Porque, señora, he tenido que comprobar si yo mismo podía reducir mi ración de azúcar antes de ordenar a otra persona que lo haga.

La mujer había hecho su petición de acuerdo con el automático pensamiento humano, basándose simplemente en ciertas suposiciones. La primera era que la justicia puede ejercerse meramente dando ordenes; la segunda, que una persona podía tomar tan poco azúcar como ella quería dar a su hijo; y la tercera, que alguien que no está implicado en un asunto puede comunicarlo a otra persona.

Este cuento no es sólo una manera de parafrasear el dicho: “Hazlo que digo, no lo que hago”. Lejos de ser una lección de ética, es una de pura necesidad.

Siendo el sufismo una armonización con la realidad verdadera, no puede parecerse a lo que nosotros tomamos por realidad, que de hecho es un conjunto de reglas primitivas superficiales. Por ejemplo, consideramos los sucesos de modo parcial. También damos por sentado, sin ninguna justificación, que un suceso ocurre, como quien dice, en un vacío. Lo cierto es que todos los sucesos están relacionados con todos los demás. No podemos apreciar la experiencia mística hasta que estamos dispuestos a percibir nuestra interrelación con el organismo de vida.

Si observamos cualquiera de nuestros actos, o los de otra persona, veremos que fue provocado por uno de muchos posibles estímulos, y también que nunca es un acto aislado: tiene consecuencias, muchas de ellas totalmente inesperadas y que no podríamos haber planeado.

Otro “chiste” de Nasrudin subraya esta circularidad esencial de la realidad, y las interacciones, generalmente invisibles, que tienen lugar:

Un día Nasrudin caminaba por una carretera solitaria. Caía la noche cuando vio un grupo de jinetes avanzando hacia él. Su imaginación empezó a trabajar, y temió que pudieran robarle u obligarle a alistarse en el ejército. Este miedo adquirió tales proporciones, que saltó un muro y se encontró en un cementerio. Los otros viajeros, ignorantes de los motivos imaginados por Nasrudin, se sintieron picados por la curiosidad y le persiguieron.

Cuando dieron con él, tendido e inmóvil en el suelo, uno de ellos preguntó:

- ¿Podemos ayudarte? ¿por qué estás en esta posición?

Nasrudin, comprendiendo su error, contestó:

- Es más complicado de lo que suponéis. Verás, yo estoy aquí a causa de *vosotros*; y *vosotros* estáis aquí por mi causa.

Solamente el místico que “vuelve” al mundo formal después de una experiencia literal de la independencia de factores diferentes o desconectados en apariencia, es el que puede percibir la vida de esta forma. Para el sufi, cualquier método metafísico que no incluya este factor es un método urdido (externo), y no puede ser producto de lo que él llama experiencia mística. Su misma existencia es una barrera para el logro de su objetivo.

Esto no significa que el sufi sea parte de la realidad de la vida superficial como resultado de sus experiencias. Posee una dimensión extra del ser, que opera paralelamente a la percepción inferior del hombre ordinario. El Mulá resume felizmente este hecho en otro diálogo:

- Yo puedo ver en la oscuridad.

- Es posible, Mulá. Pero, si es cierto, ¿por qué llevas algunas veces una vela por la noche?

- Para evitar que los demás tropiecen conmigo.

La luz que sostiene el sufi puede ser su adaptación a las costumbres de la gente en cuya compañía vive, tras su “regreso” de la transformación a una percepción más amplia.

El sufi es, en virtud de su transmutación, una parte conciente de la realidad viva de toda la existencia. Esto significa que no puede contemplar lo que ocurre – tanto a él mismo como a los demás- de la forma limitada en que lo hace el filósofo o el teólogo. Alguien preguntó a Nasrudin qué era el destino. Él repuso:

- Lo que llamas “destino” es una suposición. Supones que va a ocurrir algo bueno o algo malo, y das al resultado el nombre de “destino”.

La pregunta, “¿eres fatalista?”, no puede formularse a un sufi porque él no acepta el injustificado concepto de destino que implica la pregunta.

De manera similar, puesto que es capaz de percibir las profundas ramificaciones en torno a un suceso, la actitud del sufi hacia los sucesos individuales no es aislada, sino amplia. No puede generalizar sobre datos artificialmente separados.

- “Nadie puede montar ese caballo”, me dijo el rey –refiere el Mulá-, pero yo salté a la silla.
- ¿Qué ocurrió?
- Yo tampoco logré que se moviera.

Esto se propone demostrar que cuando un hecho consistente en apariencia es dilatado más allá de sus dimensiones, sufre un cambio.

El llamado problema de la comunicación, al que tanta atención se dedica, gira sobre suposiciones que son inaceptables para el sufi. El hombre ordinario dice: “¿Cómo puedo comunicarme con otro hombre más allá de las cosas corrientes?” la actitud sufi es que “la comunicación de las cosas que han de ser comunicadas no puede evitarse. No se trata de encontrar ningún medio”.

En uno de los relatos, Nasrudin y un yogui representan el papel de dos personas corrientes que, de hecho, no tienen nada que comunicarse.

Un día Nasrudin vio un edificio de extraño aspecto ante cuya puerta se hallaba sentado un yogui contemplativo. El Mulá decidió que aprendería algo de aquel impresionante personaje, y entabló conversación con él preguntándole quién era.

- Soy un yogui –dijo el otro- y paso mi tiempo intentando alcanzar la armonía con todos los seres vivos.
- Esto es interesante –comentó Nasrudin- porque en una ocasión un pez me salvó la vida.

El yogui le rogó que se quedase con él, diciendo que durante toda una vida dedicada a armonizarse con la creación animal, nunca había estado tan cerca de dicha comunión como el Mulá.

Después de varios días de contemplación, el yogui pidió al Mulá que le hablase más de su maravillosa experiencia con el pez, “ahora que ya se conocían mejor”.

- Ahora que te conozco mejor –dijo Nasrudin-, dudo que te aproveche lo que tengo que decir.

Pero el yogui insistió.

- Muy bien –accedió Nasrudin-. El pez me salvó realmente la vida. En aquellos momentos me estaba muriendo de hambre, y él me alimentó durante tres días.

Intervenir en ciertas facultades de la mente, que es algo característico del llamado misticismo experimental, es un acto que el sufi jamás osaría llevar a cabo. El sufismo, producto de la consistente experimentación de innumerables siglos, se ocupa de fenómenos que todavía escapan a lo empírico:

Nasrudin diseminaba trozos de pan alrededor de su casa.

- ¿Qué haces? –le preguntó alguien.

- Mantengo alejados a los tigres.

- ¡Pero si aquí no hay tigres!

- Exactamente. Es efectivo, ¿verdad?

Uno de los relatos de Nasrudin que se encuentra en el *Don Quijote* de Cervantes (cap. 14), advierte de los peligros del intelectualismo rígido:

- No hay nada que no pueda ser contestado por medio de mi doctrina – declaró un monje que acababa de entrar en la casa de té donde Nasrudin se hallaba con sus amigos.

- Pues, hace poco rato –replicó el Mulá-, un erudito me desafió con una pregunta imposible de contestar.

- ¡Lástima que yo no estuviera allí! Dime cuál es y la contestaré.

- Muy bien. Me preguntó: “¿Por qué intentas entrar en mi casa por la noche?”.

La percepción sufi de la belleza está asociada a un poder de penetración que rebasa el alcance de las formas usuales del arte. Un día un discípulo llevó a Nasrudin a contemplar, por primera vez, un hermoso paisaje de lagos.

- ¡Qué delicia! –exclamó-. Sólo que, sólo que...

- ¿Sólo qué, Mulá?

- ¡Sería más hermoso si no los hubieran llenado de agua!

A fin de alcanzar el objetivo místico, el sufi debe comprender que la mente no funciona del modo que nosotros suponemos. Aparte de que dos personas pueden confundirse mutuamente:

Un día el Mulá pidió a su esposa que hiciese una gran cantidad de *halwa*, una confitura muy espesa, y le dio todos los ingredientes. Después se la comió casi toda.

En plena noche, Nasrudin la despertó.

- Acabo de tener una idea importante.
- Dímela.
- Tráeme el resto de la *halwa* y te la diré.

Cuando se la hubo traído, ella repitió su ruego.

Primero el Mulá terminó de comer la *halwa*.

- La idea –dijo Nasrudin- era ésta: “No te acuestes nunca sin terminar toda la *halwa* que se ha hecho durante el día”.

Nasrudin capacita al buscador sufi para comprender que las ideas formales sobre el tiempo y el espacio no son necesariamente las que obtienen una visión más extensa de realidad verdadera. Por ejemplo, la gente que cree que está siendo recompensada por acciones pasadas y puede ser recompensada en el futuro por acciones futuras, no puede ser sufi. El concepto sufi del tiempo es una interrelación, una continuidad.

La clásica historia del baño turco lo caricaturiza de un modo que permite captar algo de este concepto:

Nasrudin visitó un baño turco. Como iba vestido con harapos, fue tratado con desdén por los empleados, que le dieron una toalla vieja y un pequeño trozo de jabón. Cuando se iba, alargó a los asombrados servidores una moneda de oro. Al día siguiente apareció de nuevo, lujosamente vestido, y, como era de esperar, recibió la mayor atención y deferencia.

Cuando se hubo bañado, dio a los servidores la más pequeña moneda de cobre.

- Ésta –dijo- es por vuestro trato de la vez *anterior*. La moneda de oro fue por vuestro trato de *esta* vez.

Los residuos del pensamiento encauzado y una clara inmadurez de la mente son la causa de que la gente emprenda el misticismo por su cuenta. Una de las primeras cosas que se enseñan al discípulo es que puede tener una ligera idea de lo que necesita y comprender que puede conseguirlo estudiando y trabajando a las órdenes de un maestro. Pero en todo lo demás, no puede poner condiciones. Éste es el relato de Nasrudin utilizado para inculcar esta verdad:

Una mujer llevó a su hijo pequeño a la escuela del Mulá.

- Te ruego que le asustes un poco –dijo-, porque ha escapado a mi control.
- Nasrudin puso los ojos en blanco, empezó a resoplar y jadear, dio algunos saltos y golpeó la mesa con los puños hasta que la aterrada mujer se desmayó. Entonces el Mulá salió corriendo de la habitación.

Cuando regresó, después de que la mujer volviera en sí, ésta le dijo:

- ¡Te pedí que asustaras al muchacho, no a mí!
- Señora –replicó el Mulá-, el peligro no tiene favoritos. Me asusté incluso a mí mismo, como vio. Cuando amenaza el peligro, amenaza a todos por igual.

De modo similar, el maestro sufi no puede dar sólo una pequeña cantidad de sufismo a su discípulo. El sufismo es la totalidad, y lleva consigo las implicaciones de lo completo, y no de la fragmentación de la conciencia que los ciegos pueden usar en sus propios procesos y llamarla “concentración”.

Nasrudin se burla a fondo de los especuladores, que esperan aprender o robar algún profundo secreto de la vida sin dar nada a cambio.

Un barco parecía estar a punto de zozobrar, y los pasajeros se postraron de hinojos, rezando y arrepintiéndose de sus culpas, prometiendo toda clase de expiaciones si se salvaban. Sólo Nasrudin permaneció impasible.

De improviso, dio un salto y gritó en medio del pánico general:

- ¡Tranquilos, amigos! No cambiéis vuestras costumbres, no seáis demasiado pródigos. Creo que diviso tierra.

Nasrudin insiste en la idea esencial: que la experiencia y el discernimiento místico no pueden llegar a través de un reajuste de las ideas familiares, sino a través de un reconocimiento de las limitaciones del pensamiento ordinario, que sólo sirve para fines mundanos. En este cometido supera cualquier otra forma existente de enseñanza.

Un día entró en una casa de té y declaró:

- La luna es más útil que el sol.

Alguien le preguntó por qué.

- Porque de noche nos hace falta la luz.

La conquista del “Yo Dominante”, que es un objeto de la lucha sufi, no se logra solamente con el control de las propias pasiones. Se considera un dominio de la conciencia salvaje que se cree capaz de tomar cuanto necesita (incluido el misticismo) y de doblegarlo a su propia conveniencia. La tendencia a emplear materiales de cualquier fuente para beneficio personal es comprensible en el mundo parcialmente completo de la vida ordinaria, pero no puede trasladarse al mundo más amplio de la verdadera realización.

En el relato del pájaro ladrón, Nasrudin se dirige a su casa con un pedazo de hígado y la receta para hacer pastel de hígado. De pronto, un ave de presa se lanza sobre él y le arrebató de la mano un trozo de carne. Mientras se aleja en el cielo. Nasrudin le increpa:

- ¡Pájaro estúpido! Ya tienes el hígado, pero ¿qué harás sin la receta?

Naturalmente, desde el punto de vista del milano, el hígado es suficiente para sus necesidades. El resultado puede ser un ave saciada, pero sólo habrá obtenido lo que cree necesitar, y no lo que podría haber sido.

Como el sufi no siempre es comprendido por las demás personas, éstas tratan de hacerle adoptar su idea de lo que está bien.

En otro relato de Nasrudin sobre pájaros (que asimismo aparece en la obra maestra poética de Rumi el *Mathnawi*), el Mulá encuentra un halcón del rey posado en el alféizar de su ventana. No ha visto nunca una “paloma” tan extraña. Después de dar una forma recta su aristocrático pico y de cortar sus garras, le pone en libertad diciendo;

- *Ahora* tienes más aspecto de pájaro. Alguien te había descuidado.

La división artificial de la vida, el pensamiento y la acción, tan necesarios en las empresas humanas ordinarias, no tienen lugar en el sufismo. Nasrudin inculca esta idea como un requisito previo para comprender la vida en su totalidad. “El azúcar disuelto en leche impregna toda la leche”.

Nasrudin caminaba con un amigo por una polvorienta carretera, cuando ambos se dieron cuenta de que estaban muy sedientos. Se detuvieron en una casa de té y descubrieron que entre los dos sólo tenían dinero para comprar un vaso de leche. El amigo dijo:

- Bebe tú primero; yo tengo aquí un poco de azúcar que añadiré a mi parte.
- Añádelo ahora, hermano, y ambos lo compartiremos –dijo el Mulá.
- No, no hay suficiente para endulzar todo el vaso.

Nasrudin fue a la cocina y volvió con un salero.

- Buenas noticias, amigo. Yo beberé *mi* mitad con sal, y hay suficiente para todo el vaso.

Aunque en el mundo práctico, pero también artificial, que nos hemos creado, estamos acostumbrados a suponer que “lo primero es lo primero”, y que todo debe hacerse por etapas, el mundo metafísico, orientado de otro modo, no acepta esta suposición. El buscador sufi aprende al mismo tiempo varias cosas distintas, y en sus propios niveles de percepción y potencialidad. Ésta es otra diferencia entre el sufismo y los sistemas basados en la suposición de que sólo se aprende una cosa en cada momento determinado.

Un maestro derviche comenta esta relación multiforme de Nasrudin con el aspirante a sufi. El relato, dice, es en cierto modo como un melocotón. Posee belleza, alimento y profundidades ocultas: el hueso.

Una persona puede ser excitada emocionalmente por el exterior, reírse de una broma o contemplar la belleza. Pero esto es como si le hubieran prestado el melocotón. Todo lo que realmente absorbe es la forma, el color, quizá el aroma, el contorno y la textura.

“Puedes comerte el melocotón y probar así un nuevo deleite: comprender su profundidad. El melocotón contribuye a tu nutrición, se convierte en parte de ti mismo. Puedes tirar el hueso, o cascarlo, y encontrar dentro una deliciosa pepita. Ésta es la profundidad oculta. Tiene su propio color, tamaño, forma, profundidad, gusto, función. Puedes recoger los trozos del hueso y encender un fuego con ellos. Incluso aunque las ascuas ya no te sirvan, la parte comestible se ha convertido en parte de ti mismo”.

En cuanto el aspirante ha ganado cierto grado de percepción sobre las verdaderas funciones de la existencia, deja de formular las preguntas que antes le parecían de urgencia relevante para comprender el conjunto. Además, ve que una situación puede ser transformada por sucesos que en apariencia no son importantes a su respecto. El cuento de la manta pone de manifiesto este hecho:

Nasrudin y su mujer se despertaron una noche al oír a dos hombres peleándose bajo su ventana. La mujer envió al Mulá a enterarse de lo que ocurría. Él se echó la manta sobre los hombros y bajó las escaleras. En cuanto se acercó a los hombres, uno de ellos le arrebató su única manta. Entonces, ambos huyeron corriendo.

- ¿Por qué peleaban, querido? –inquirió la esposa cuando él entró en el dormitorio.
- Por mi manta, según parece. En cuanto me la quitaron, se fueron los dos.

Un vecino fue a ver a Nasrudin para pedirle prestado su asno.

- Ya lo he prestado a otro –dijo el Mulá.
- En aquel momento oyeron rebuznar al asno desde el establo.
- ¡Pero si lo he oído rebuznar!
 - ¿A quién vas a creer –replicó Nasrudin-, a mí o a un asno?

La experiencia de esta dimensión de la realidad permite al sufi evitar el egoísmo y el ejercicio del mecanismo de la racionalización, el modo de pensar que aprisiona a una parte de la mente. Nasrudin, al representar por un momento al ser humano típico, nos hace comprender este punto:

Un aldeano fue a ver al Mulá y le dijo:

- Tu toro ha corneado a mi vaca. ¿Tengo derecho a una compensación?
- No –repuso inmediatamente el Mulá-; el toro no es responsable de sus acciones.
- Lo siento –dijo el astuto aldeano-, te lo he contado al revés. Ha sido *tu* vaca la que fue corneada por *mi* toro. Pero la situación es la misma.
- ¡Oh, no! –replicó Nasrudin. Creo que tendré que consultar mis libros de leyes para ver si existe un precedente de este caso.

Como todo el pensamiento intelectual humano es expresado en términos de razonamiento externo, Nasrudin, como maestro sufi, reitera una y otra vez la falsedad de la valoración ordinaria. Los intentos de plasmar en palabras o por escrito la propia experiencia mística han fracasado siempre, porque “los que saben, no lo necesitan, y los que no saben no pueden conseguirlo sin ayuda”. Dos relatos de cierta importancia son utilizados a menudo en conjunción con la enseñanza sufi, con objeto de preparar la mente para experiencias que están al margen de las pautas usuales.

En el primer relato, Nasrudin recibe la visita de un aspirante a discípulo. Éste, después de muchas vicisitudes, llega a la choza de la montaña donde el Mulá tiene su vivienda. Sabiendo que cada acto del iluminado sufi es significativo, el recién llegado pregunta a Nasrudin por qué está soplando sobre sus manos.

- Para guardarlas del frío, naturalmente.

Poco después, Nasrudin llena dos cazos de sopa y sopla sobre el suyo.

- ¿Por qué hace esto, maestro? –pregunta el discípulo.

- Para enfriar la sopa, naturalmente.

En este punto el discípulo abandona a Nasrudin, incapaz de seguir confiando en un hombre que emplea el mismo proceso para llegar a diferentes resultados: calor y frío.

Es imposible examinar una cosa por medio de ella misma: la mente por medio de la mente, la creación tal como la ve un ser creado, pero aún no desarrollado. La teoría basada en tales métodos subjetivos puede servir por un corto plazo, o para fines específicos. Sin embargo, tales teorías no representan la verdad para el sufi. Si bien es evidente que no puede suministrar una alternativa con meras palabras, puede exagerar o caricaturizar el proceso con objeto de desenmascararlo. Una vez hecho esto, queda abierta la puerta para buscar un sistema alternativo que sirva para valorar la correlación de los fenómenos.

- Todos los días –dice Nasrudin a su mujer- me asombra más la eficiencia con que el mundo está organizado, generalmente para el bien de la humanidad.

- ¿A qué te refieres, exactamente?

- Pues, fíjate en el camello, por ejemplo. ¿Por qué supones que carece de alas?

- No tengo idea.

- Bien; date cuenta de que si los camellos tuvieran alas, podrían anidar en los tejados de las casas y destruir nuestra paz corriendo por ellos y rumiando sobre nuestras cabezas.

El papel el maestro sufi cobra énfasis en su famoso relato del sermón. Demuestra (entre otras cosas, como todos los relatos de Nasrudin) que no es posible siquiera empezar con gente completamente ignorante. Muestra que aquéllos que saben no necesitan que se les enseñe, y muestra, además, que si hay varias personas de discernimiento en una comunidad, no es preciso un nuevo maestro.

Nasrudin fue invitado a pronunciar una plática ante los habitantes de un pueblo cercano.

Subió al podio y empezó:

- ¡Oh, pueblo! ¿Sabéis lo que voy a deciros?

Algunos alborotadores, con ánimo de divertirse, gritaron: “¡No!”.

- En este caso –dijo el Mulá con dignidad-, me abstendré de esforzarme por instruir a una comunidad tan ignorante.

A la semana siguiente, habiendo obtenido de los alborotadores la promesa de que no repetirían sus gritos, los ancianos del pueblo convencieron a Nasrudin para que lo intentase de nuevo.

- ¡Oh, pueblo! –empezó otra vez-. ¿Sabéis lo que voy a deciros?

Algunas personas, no sabiendo cómo reaccionar, porque las miraba con mucha fiereza, murmuraron: “Sí”.

- En este caso –replicó Nasrudin-, no hay necesidad de que hable.

Y abandonó la sala.

En la tercera ocasión, después de que una delegación fuera a visitarle para rogarle que hiciera otro esfuerzo, se presentó ante la asamblea.

- ¡Oh, pueblo! ¿Sabéis lo que voy a deciros?

Como parecía exigir una respuesta, los habitantes del pueblo gritaron:

- Algunos de nosotros, sí, y otro, no.

- En este caso –dijo Nasrudin mientras se retiraba-, que aquéllos que lo saben se lo digan a los otros.

En el sufismo no se puede empezar a “trabajar” en un punto determinado de antemano. Es necesario dejar que el maestro guíe a su modo a cada aspirante a iluminado. Nasrudin fue abordado un día por un joven que le preguntó cuánto tiempo tardaría en llegar a ser un sufi.

El Mulá llevó al joven al pueblo.

- Antes de contestarte, quiero que vengas conmigo, pues me dirijo a ver a un maestro de música con la intención de aprender a tocar el laúd.

Ya en casa del músico, Nasrudin le preguntó cuáles eran sus honorarios.

- Tres monedas de plata por el primer mes. Después, una moneda de plata todos los meses.

- ¡Magnífico! –exclamó el Mulá-. ¡Volveré dentro de un mes!

El sexto sentido adquirido por el sufi, que en opinión de los teóricos es un sentido de presciencia completa, de sabiduría casi divina, no es nada de todo esto. Como todos los otros sentidos, tiene sus limitaciones. Su función no es hacer omnisciente al Hombre Perfeccionado, sino capacitarle para cumplir una misión de mayor percepción y vida más completa. Ya no le atormenta el sentido de la incertidumbre e imperfección que sienten los otros hombres. Se considera que la historia de los muchachos y el árbol transmite este significado:

Algunos muchachos querían escaparse con las sandalias de Nasrudin.

Cuando le vieron venir por el camino, le rodearon diciendo:

- Mulá, ¡nadie puede trepar por este árbol!
- Claro que sí –repuso Nasrudin-. Os enseñaré cómo se hace, y entonces podréis hacerlo también vosotros.

Ya iba a dejar sus sandalias en el suelo, cuando algo le detuvo, y las guardó debajo de su cinturón antes de empezar el ascenso. Los muchachos sufrieron un desengaño.

- ¿Para qué te llevas las sandalias? –le gritó uno de ellos.
- Como nadie ha trepado a este árbol, no puedo saber si encontraré un camino allí arriba –contestó el Mulá.

Cuando el sufi utiliza su intuición, no puede explicar sus actos de modo plausible.

El sexto sentido proporciona también al poseedor de la *baraka* los medios para crear aparentemente ciertos sucesos. Esta facultad le llega al sufi por medios que no requieren razonar formalmente:

- Alá te dará una compensación –dijo Nasrudin a un hombre que había sido robado.
- No veo cómo lo hará –repuso el hombre.

Nasrudin le llevó inmediatamente a una mezquita cercana y le dijo que se quedara en un rincón. Entonces el Mulá empezó a llorar y gemir, implorando a Alá que devolviese al hombre sus veinte monedas de plata. Hizo tanto ruido, que la congregación organizó una colecta y entregó la suma al hombre.

- Puede que no comprendas los medios que funcionan en este mundo –dijo Nasrudin-, pero tal vez comprendas lo que ha ocurrido en la casa de Alá.

Participar en el funcionamiento de la realidad es muy diferente de las extensiones intelectuales del hecho observado. A fin de demostrarlo, Nasrudin llevó una vez al más lento de los bueyes a una carrera de caballos que aceptaba toda clase de competidores.

Todo el mundo río, porque es bien sabido que un buey no puede correr a mucha velocidad.

- Tonterías –dijo el Mulá-: estoy seguro de que correrá velozmente si le dan la oportunidad. Tendríais que haberle visto correr cuando era un ternero. Ahora, aunque no han tenido ocasión de correr, y no ha hecho práctica, ha alcanzado su máximo desarrollo. ¿Por qué no ha de correr aun más de prisa?

El relato combate asimismo la creencia de que sólo porque una cosa –o una persona- es vieja, ha de ser necesariamente mejor que una joven. El sufismo, como actividad viva y consciente, no está atado al pasado o la tradición. Todos los sufis que viven hoy representan a todos los sufis que vivieron en el pasado o vivirán en el futuro. Hay en ellos la misma cantidad de *baraka*, y la tradición inmemorial no aumenta su fama, que permanece constante.

Otra faceta de este relato señala que el discípulo (el ternero) puede convertirse en alguien (el buey) que tenga una función aparentemente distinta de la que cabría suponer. No se puede dar marcha atrás al reloj. Los que confían en la teoría especulativa no pueden confiar en el sufismo.

La ausencia de una facultad intuitiva en la humanidad en general origina una situación casi desesperada, y muchos relatos de Nasrudin ponen de relieve este hecho.

Nasrudin interpreta el papel del derviche insensible en la historia del saco de arroz. Un día discutió con el prior del monasterio donde se alojaba. Poco después se encontró a faltar un saco de arroz. El prior ordenó que todos se pusieran en fila en el patio. Entonces les dijo que el ladrón del arroz tenía algunos granos en su barba.

“Este es un viejo truco para que el culpable se toque la barba involuntariamente”, pensó el verdadero ladrón, y se mantuvo inmóvil.

Nasrudin, por su parte, pensó: “El prior se ha propuesto vengarse de mí. ¡Debe haber metido granos de arroz en mi barba!”.

Trató de mesársela con el mayor disimulo posible.

Mientras se peinaba la barba con los dedos, se dio cuenta de que todo el mundo le miraba.

- ¡Sabía, no sé cómo, que me atraparía tarde o temprano! –dijo Nasrudin.

Lo que algunas personas consideran “premoniciones” son a menudo tan sólo el resultado de neurosis e imaginación.

El espíritu de escepticismo sobre cuestiones metafísicas no se limita en modo alguno a Occidente. En Oriente, la gente dice con cierta frecuencia que el estudio en una escuela mística les privará de su autonomía, o les arrebatará algo. Los sufis ignoran por lo general a estas personas, porque aún no han alcanzado la fase en que comprenderían que ya son prisioneros de una tiranía mucho peor (la del Viejo Villano) que cualquier cosa que pudiera ocurrirles en una escuela mística. Hay un sucinto relato de Nasrudin sobre esta circunstancia.

- Oigo a un ladrón en el piso de abajo –susurró una noche la mujer del Mulá.
- No oigo nada –contestó Nasrudin-. No tenemos nada que pueda robarnos. Si hay suerte, tal vez se dejará algo.

Nasrudin, ladrón de muchas casas vacías, siempre deja algo en ellas, si los moradores saben reconocerlo.

En el sufismo son esenciales los métodos prácticos de instrucción. Esto se debe en parte a que el sufismo es una empresa activa, y en parte a que, si bien la gente ensalza las verdades cuando alguien se las dice, la realidad de la verdad no suele penetrar más allá de su dimensión dialéctica.

Un día Nasrudin estaba reparando el tejado cuando un hombre le pidió que bajase a la calle. Bajó y preguntó al hombre qué quería.

- Dinero.
- ¿Por qué no me lo has dicho cuando me has llamado?
- Tenía vergüenza de pedir.
- Ven conmigo al tejado.

Cuando llegaron al tejado, Nasrudin reanudó su tarea de colocar tejas.

El hombre tosió, y Nasrudin, sin mirarle, dijo:

- No tengo dinero para darte.
- ¡Vaya! Podrías haberlo dicho sin hacerme subir hasta aquí.
- ¿Cómo hubieras podido recompensarme, entonces, por hacerme bajar?

El sufi capta instantáneamente muchas cosas que el hombre medio no puede percibir. Se utiliza una alegoría para explicar algunos de los asombrosos actos de los iniciados sufis, basados en poderes ultrasensoriales. Éstos no son más milagrosos para el sufi que cualquiera de los sentidos ordinarios para el profano. Es imposible describir cómo funcionan, pero se puede trazar una analogía aproximada.

- La humanidad esta dormida –dijo Nasrudin al ser acusado un día en la corte de quedarse dormido-. El sueño del sabio es fértil, y la “vigilia” del hombre medio es casi inútil para todo el mundo.

El rey se molestó.

Al día siguiente, Nasrudin se durmió después de una abundante comida, y el rey mandó que le llevaran a un aposento contiguo. Cuando la corte iba a levantar la sesión, Nasrudin fue acompañado, aun medio dormido, a la sala de audiencias.

- Has vuelto a dormirte –dijo el rey.
- He estado todo lo despierto que hacía falta.
- Muy bien; dime, entonces, qué ha ocurrido mientras te hallabas fuera de esta sala.

Ante el asombro general, el Mulá repitió una larga y complicada historia que el rey había recitado.

- ¿Cómo lo has hecho, Nasrudin?
- Muy sencillo –repuso el Mulá-; comprendí por la expresión del rostro del rey que iba a contar otra vez esa vieja historia. Tal es la razón de que me durmiera mientras la contaba.

Nasrudin y su esposa se presentan en el siguiente relato como dos personales normales, que están casadas, pero viven separadas por el hecho de que la comunicación humana ordinaria es deficiente y poco sincera. La comunicación entre sufis es de diferente especie. Además, es imposible usar la crudeza y la falsedad de la comunicación normal para fines místicos. Por lo menos, los sufis combinan los diversos métodos de comunicación para lograr un sistema de señales totalmente distinto.

La esposa del Mulá estaba enfadada con él. Por eso le llevó la sopa excesivamente caliente, y no le avisó de que podría quemarse.

Pero ella también sentía hambre, y en cuanto la sopa estuvo servida, tomó un sorbo. Lágrimas de dolor anegaron sus ojos. Pero aún seguía esperando que el Mulá se quemara.

- Querida, ¿qué te sucede? –preguntó Nasrudin.
- Pensaba en mi pobre y vieja madre. Le gustaba esta sopa cuando vivía.

Nasrudin tomó un sorbo hirviente de su taza.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

- ¿Estás llorando, Nasrudin?
- Sí, lloro al pensar que tu pobre madre ha muerto dejando a alguien como tú en el reino de los vivos.

Vistos desde el punto de vista de la realidad, que es el del sufi, otros sistemas metafísicos adolecen de varios inconvenientes graves, algunos de los cuales vale la pena considerar. Lo que un místico puede decir de sus experiencias constituye siempre, al traducirlo con palabras, una casi inútil distorsión de los hechos. Además, esta distorsión puede ser repetida por otros con el énfasis suficiente para que parezca profunda, pero no tiene en sí misma ningún valor iluminativo. El misticismo no es para el sufi una cuestión de ir a alguna parte y lograr el discernimiento, para intentar en seguida expresar algo de su experiencia. Es una empresa correlacionada con su mismo ser, que produce un vínculo entre toda la humanidad y la dimensión adicional de la comprensión.

Todos estos puntos –y algunos más- se señalan en uno de los relatos de Nasrudin:

El Mulá había vuelto a su aldea desde la capital del imperio, y los aldeanos se reunieron para escuchar la narración de sus aventuras.

- De momento –dijo Nasrudin-, sólo quiero decir que el rey me dirigió la palabra.

Se oyó un murmullo de excitación. ¡El rey había hablado a un habitante de su pueblo! La noticia fue más que suficiente para los pueblerinos, que se dispersaron para divulgarla.

Pero el más simple de todos ellos permaneció en su lugar, y le preguntó al Mulá qué le había dicho exactamente el rey.

- Me dijo, y con mucha claridad, de modo que todos pudieron oírlo: ¡Apártate de mi vista!”.

El ingenuo se sintió más que satisfecho; la alegría colmaba su corazón. Después de todo, ¿no acababa de oír palabras usadas por el rey y visto al hombre a quien habían sido dirigidas?

El relato es muy popular entre los cuentos de Nasrudin, y su evidente moraleja va orientada hacia quienes desean impresionar citando nombres famosos. Pero el significado sufi es importante porque prepara la mente derviche para experiencias que reemplazan las experiencias superficiales como ésta.

Es muy interesante observar el efecto de los relatos de Nasrudin en la gente en general. Los que prefieren las emociones más triviales de la vida se aferran a su significado evidente, e insisten en tratarlos como chistes. Entre éstos se cuenta la gente que colecciona o lee libritos de chistes, y que muestra un visible desasosiego cuando oyen relatos metafísicos o “inquietantes”.

El propio Nasrudin contesta a estas personas en uno de sus chistes más breves:

- Dicen que tus chistes están llenos de significados ocultos, Nasrudin ¿Es eso cierto?
- No.
- ¿Por qué no?
- Porque no he dicho la verdad en mi vida, ni siquiera una vez, y nunca seré capaz de hacerlo.

El individuo corriente puede decir, con un sentido de profundidad, que todo el humor es realmente serio, que todo chiste encierra un mensaje a nivel filosófico. Pero este sistema de mensajes no es el de Nasrudin. Es de suponer que el humorista cínico, como el filósofo griego, pone de relieve lo absurdo de nuestros pensamientos y actos. Pero éste no es el papel de Nasrudin, porque su efecto global es algo más profundo. Como los relatos del Mulá tienen todos una relación coherente entre sí y con una forma de realidad enseñada por el sufi, el ciclo es parte de un contexto de desarrollo consciente que no puede relacionarse correctamente con los tijeretazos del humorista corriente o con la sátira esporádica del pensador formal.

Cuando un relato de Nasrudin es leído y asimilado, algo está ocurriendo. Es esta conciencia del acontecer y la continuidad lo que forma el núcleo del sufismo.

En respuesta a la pregunta: “¿Qué método carece de sufismo?”, Khoja Anis repuso: “Sin continuidad, no hay sufismo; sin el ser y el devenir, no hay sufismo; sin interrelación, no hay sufismo”.

Esta verdad es, hasta cierto punto, transmitida por palabras. Mejor aún, es transmitida parcialmente por la acción mutua de la palabra y la reacción del oyente. Pero la experiencia sufi llega por medio de un mecanismo que empieza a operar cuando las palabras cesan y se da el punto de acción, de “trabajar con” un maestro.

Nasrudin resaltó esto una vez en su famoso relato “chino”. Había viajado a China, donde se rodeó de un círculo de discípulos a los que preparaba para el discernimiento. Aquellos que eran iluminados inmediatamente, dejaban de asistir a sus pláticas.

Un grupo de sus discípulos atrasados, deseando una mayor iluminación, viajaron de Persia a China para continuar con él sus estudios.

Después de su primera conferencia, les recibió.

- ¿Por qué, Mulá –preguntó uno de ellos-, hablas sobre palabras secretas que nosotros (a diferencia de los chinos) podemos comprender? ¡Son *namidanam* y *hichmalumnist!* En persa significan simplemente “no sé” y “nadie sabe”.
- ¿Qué queréis que haga, entonces? ¿Mentir a ultranza? –preguntó Nasrudin.

Los sufis usan términos técnicos para formular un equivalente aproximado a los misterios que son experiencias imposibles de expresar con palabras. Hasta que el aspirante está preparado para “captar” la experiencia, se halla protegido de cometer el error de intentar investigar acerca de ella intelectualmente, mediante el uso de tecnicismos. El sufismo, siendo él mismo resultado de la especialización consciente, ha descubierto que no existe un atajo hacia la iluminación. Esto no significa que se requiera mucho tiempo para alcanzarla. Significa que el sufi debe adherirse al Camino.

Nasrudin, representando a un hombre que busca un atajo, figura en un chiste que transmite esta idea:

Era una mañana espléndida, y el Mulá iba caminando hacia su casa. “¿Por qué –pensó- no tomo un atajo a través del hermoso bosque que hay junto al polvoriento camino?”

“¡Es un día único, un día para empresas afortunadas!”, exclamó para sí, adentrándose en la espesura.

Casi inmediatamente se encontró en el fondo de un barranco escondido.

“He hecho bien en tomar este atajo –reflexionó mientras yacía en el barranco-, porque si cosas como ésta ocurren en medio de tanta belleza, ¿qué catástrofe no podría haberme ocurrido en aquel monótono camino?”

En circunstancias algo similares, el Mulá fue visto una vez examinando un nido vacío:

- ¿Qué haces, Mulá?
- Estoy buscando huevos.
- ¡No hay huevos en un nido del año pasado!
- No estés tan seguro –replico Nasrudin-; si fueras un pájaro y quisieras proteger tus huevos, ¿construirías un nido *nuevo*, a la vista de todo el mundo?

Éste es otro de los relatos del Mulá que aparecen en *Don Quijote*. El hecho de que este chiste pueda leerse al menos de dos maneras podría desalentar al pensador formalista, pero proporciona al derviche la oportunidad de comprender la dualidad de la verdadera existencia, velada por el pensamiento humano convencional. Por ello, lo que parece absurdo al intelectual se convierte en una fuerza para el intuitivamente perceptivo.

El contacto entre los sufis tiene lugar a veces por medio de signos, y la comunicación puede realizarse mediante métodos que no sólo son desconocidos, sino que se antojarían incomprensibles a la mente condicionada de forma ordinaria. Esto, naturalmente, no impide al pensador convencional tratar de buscar un sentido en lo que parece absurdo. Al final encuentra la interpretación errónea, aunque tal vez le satisfaga.

Otro místico detuvo a Nasrudin en la calle y señaló al cielo. Quería decir: “Sólo hay una verdad, que lo abarca todo”.

Nasrudin iba acompañado de un erudito que estaba buscando lo racional del sufismo, y que pensó: “Esta extraña aparición está loca. Tal vez Nasrudin tomará precauciones contra él”.

En efecto, el Mulá rebuscó en su mochila y extrajo un trozo de cuerda. El erudito pensó: “Excelente, así podremos dominar y atar al loco si se vuelve violento”.

El acto de Nasrudin significaba, de hecho: “La humanidad corriente intenta alcanzar ese “cielo” por métodos tan inadecuados como esta cuerda”.

El “loco” se rió y siguió su camino.

- Bien hecho –dijo el erudito-; nos has salvado de él.

Este relato ha dado origen a un proverbio persa: “Una pregunta sobre el cielo, la respuesta sobre una cuerda”. Este proverbio, invocado a menudo por clérigos o intelectuales no sufis, es utilizado con frecuencia en un sentido contrario a su sentido inicial.

Es un hecho generalmente aceptado que el conocimiento no puede ser alcanzado sin esfuerzo. Pero los ridículos métodos que se usan para proyecta el esfuerzo, y el absurdo de los esfuerzos en sí cierran eficazmente la puerta al conocimiento para la gente que intenta transferir los sistemas educativos de un campo a otro.

El yogur se hace añadiendo una pequeña cantidad de yogur antiguo a una medida mayor de leche. La acción del *bacillus bulgaricus* en la porción fecundadora del yogur convierte la mezcla al cabo de poco tiempo en una masa de yogur nuevo.

Un día algunos amigos vieron a Nasrudin arrodillado junto a una alberca. Estaba añadiendo un poco de yogur viejo al agua. Uno de los hombres preguntó:

- ¿Qué intentas hacer, Nasrudin?
- Intento hacer yogur.
- ¡Pero no puedes hacerlo de este modo!
- Ya lo sé; pero ¡supón que se cuaja!

Casi todo el mundo se burlará con una sonrisa de la idiotez el ignorante Mulá. Algunas personas creen que el valor recreativo de muchas formas de humor depende de saber que uno no sería nunca tan ingenuo como la persona que es objeto de burla. Millones de personas que no intentarían hacer yogur con agua, intentarían penetrar en el pensamiento esotérico con métodos igualmente fútiles.

Un relato atribuido a Mulá Nasrudin distingue de modo bastante claro entre la búsqueda mística en sí y la forma basada en criterios menores, éticos o formalmente religiosos:

En él se dice que un sabio chino explicó a Nasrudin: “Cada persona ha de considerar su conducta como consideraría la de otro. Debe sentir por el otro en su corazón, lo mismo que siente en su corazón por sí mismo”.

Esto no es una paráfrasis de la regla de oro de los cristianos aunque contiene el mismo sentimiento. (De hecho, es una cita de Confucio, nacido en el año 551 a. de C.).

- Es una observación sorprendente –replicó el Mulá-, porque si cualquiera se detuviese a pensar, vería que aquello que un hombre desea para sí mismo puede resultar al fin tan indeseable como aquello que desearía para su enemigo, e incluso para su amigo.

“Lo que debe sentir por los otros en su corazón no es lo que quiere para sí mismo, sino aquello que *debería* ser para él, y que *debería* ser para todos. Esto solamente se conoce cuando la verdad interna se conoce.

Otra versión de esta respuesta dice sucintamente: “Un pájaro comió bayas venenosas y no le perjudicaron. Un día recogió algunas y sacrificó su comida para dar la fruta a su amigo, un caballo”.

Otro maestro sufi, Amini de Samarcanda, comenta brevemente este tema, como lo hiciera Rumi antes que él: “Un hombre deseaba que otro hombre le matase. Naturalmente, deseaba lo mismo para todos los demás, ya que era un hombre “bueno”. El hombre “bueno” por supuesto, es el que quiere para los demás lo mismo que para sí. El único problema reside en que lo que quiere es a menudo lo último que necesita”.

Una y otra vez insiste el sufismo en la realidad que debe preceder a la ética, no la ética situada en completo aislamiento y a la que se atribuye una especie de validez universal, cuya ausencia se advierte incluso con una consideración general.

Incidentalmente, los relatos de Nasrudin no pueden leerse como un sistema de filosofía cuyo fin es persuadir a la gente de que abandone sus creencias y abrace los preceptos del sufismo. Por su misma construcción, el sufismo no puede ser predicado. No se basa en desacreditar otros sistemas y ofrecer un sustituto, o uno más plausible. Debido a que la enseñanza sufi solo puede expresarse parcialmente con palabras, nunca podrá combatir los sistemas filosóficos en sus propios términos. Intentarlo equivaldría a intentar conciliar el sufismo con artificialidades, lo cual es imposible. Por su propia definición, la metafísica no puede abordarse de este modo; por ello el sufismo recurre al impacto compuesto, a la diseminación “por dispersión”. El aspirante a sufi puede estar preparado o parcialmente iluminado por Nasrudin. Pero para “madurar” tendrá que dedicarse al trabajo práctico, y beneficiarse de la presencia de un maestro y de otros sufis. Cualquier otra cosa se denomina con el expresivo término “intentar transmitir un beso por mensajero personal”. Es un beso, de acuerdo, pero no es lo que se pretendía.

Si el sufismo es considerado la metodología por la cual puede darse la verdadera expresión a las enseñanzas de maestros religiosos, ¿cómo encontrará el aspirante sufi una fuente de instrucción, ya que debe tener un instructor?

El verdadero maestro no puede evitar la aparición y el desarrollo de supuesta escuelas místicas que aceptan alumnos y perpetúan la versión falsa de la enseñanza iluminativa. Si hemos de ver los hechos objetivamente, el principiante aún será menos capaz de distinguir entre una escuela verdadera y otra falsa. “La moneda falsa existe solamente porque existe el otro verdadero”, dice una sentencia sufi, pero ¿cómo puede alguien que no está adiestrado distinguir lo verdadero de lo falso?

El principiante se salva de la insensibilidad completa porque en su interior hay una capacidad rudimentaria de reaccionar ante el “oro verdadero”. Y el maestro, reconociendo esta capacidad innata, la utilizará como un aparato receptor de sus señales. Es cierto que, en las primeras fases, las señales transmitidas por el maestro deberán emitirse de tal modo que sean perceptibles para el mecanismo deficiente y tal vez tergiversador del alumno. Pero la combinación de ambos elementos facilita una base para el trabajo.

En esta primera fase es el maestro quien casi siempre lleva la iniciativa. Varios relatos de Nasrudin, además de distraer, señalan esta incompleta armonía inicial entre el maestro y el discípulo, que ocupa el período preparatorio.

Varios presuntos discípulos acudieron un día al Mulá y le pidieron que les diera una conferencia.

- Muy bien –dijo el Mulá-, seguidme a la sala de conferencias.

Le obedecieron, colocándose en fila detrás de Nasrudin, que montó su asno de espaldas a la cabeza del animal y se puso en marcha. Al principio los muchachos estaban confusos, pero luego recordaron que no debían juzgar ni la menor acción de un maestro. Pero al final, ya no podían soportar las burlas de los viandantes.

Advirtiendo su nerviosismo, el Mulá se detuvo y les miró con fijeza. El más atrevido de todos se le acercó.

- Mulá, no comprendemos por qué montas el asno al revés.
- Muy sencillo –repuso el Mulá-. Verás, si vosotros caminarais enfrente de mí, me faltarías al respeto. Por otra parte, si yo os diera la espalda, cometería una falta de respeto contra vosotros. Ésta es la única solución posible.

Cuando alguien tiene agudizada la percepción, comprende que éste y otros relatos tienen más de una dimensión. El efecto neto de comprender un relato a varios niveles diferentes al mismo tiempo, es despertar la capacidad innata de comprensión de un modo más amplio y objetivo que haciendo uso del lento y deficiente raciocinio normal. Por ejemplo, en este relato el sufi ve al mismo tiempo mensajes y vínculos con la otra esfera del ser, que no solo le ayudan a progresar sino que también le dan información positiva. El pensador corriente puede ser capaz hasta cierto punto de captar, *mutatis mutandis*, las diferentes perspectivas considerándolas por separado. Primero, Nasrudin puede observar a los alumnos montando el asno al revés. Le tiene sin cuidado lo que la gente pueda pensar de él, mientras los alumnos aún son sensibles a la opinión pública (no informada). Aunque sea al revés, va montado, y ellos no. Nasrudin, al violar las convenciones, incluso aparecer ridículo, demuestra que es diferente de la persona ordinaria. Además, como ya ha recorrido aquel camino antes, no necesita mirar hacia delante para saber por dónde va. Y en esta posición, incómoda según el criterio corriente, puede mantener el equilibrio. De nuevo está enseñando mediante actos y capacidad de “ser”, no mediante palabras.

Tales consideraciones, trasladadas al terreno de la metafísica y al mismo tiempo puestas en práctica, constituyen el impacto total y complejo del relato de Nasrudin sobre el futuro místico.

La astucia de Nasrudin, forzosa por la necesidad de esquivar las redes tendidas por el Viejo Vilano, aparece en un cuento tras otro. Su locura aparente es característica del sufi, cuyos actos pueden ser inexplicables y antojarse demenciales al observar. Relato tras relato subraya la aseveración sufi de que no puede obtenerse nada sin pagar por ello. Este pago puede tomar una de las muchas formas de sacrificio: de ideas arraigadas, de dinero, del modo de hacer las cosas. Este último punto es esencial, porque la búsqueda sufi es imposible si las áreas empleadas para el viaje ya están ocupadas por elementos que impiden que el viaje pueda realizarse.

Y no obstante, al final, Nasrudin escapa sin pagar. Esto indica el hecho de que aun cuando el sufismo exija privaciones en las primeras fases, en el verdadero sentido el aspirante no paga nada. Es decir, no paga con nada que tenga un valor definitivo.

La actitud sufi hacia el dinero es muy especial, pues está muy lejos del criterio superficial, filosófico o teológico de que el dinero es la raíz del mal o que la fe se opone de algún modo al dinero.

Un día Nasrudin pidió dinero a un hombre rico.

- ¿Para qué lo quieres?
- Para comprar un elefante.
- Si no tienes dinero no podrás mantener a un elefante.
- ¡He pedido *dinero*, no consejos!

He aquí una conexión con el “elefante en la oscuridad”. Nasrudin necesita dinero para el “trabajo”; se da cuenta de que el hombre rico no puede reajustar sus ideas para ver en qué será invertido el dinero; necesitaría que le expusieran un plan financiero plausible. Nasrudin usa la palabra sufi “elefante” para subrayar este hecho. Naturalmente, el hombre rico no lo comprende.

Nasrudin es pobre, la palabra “pobre” es la misma que usan los sufis para designar a uno de los suyos, “faquir”. Cuando obtiene dinero, lo hace mediante un método y lo usa de un modo incomprensible para el pensador formal.

Un día la esposa de Nasrudin le reprochó su pobreza.

- Si eres un hombre religioso –le dijo-, tendrás que rezar por dinero. Si éste es tu empleo, deben pagarte por él como pagan a los demás.
- Muy bien, lo haré al pie de la letra.

Nasrudin salió al jardín y grito con toda la fuerza de sus pulmones

- ¡Oh, Dios mío! Te he servido todos estos años sin provecho financiero. Mi esposa dice ahora que se me ha de pagar. ¿Puedo, por tanto, y en seguida, obtener cien monedas de oro de mis salarios atrasados?

Un avaro, que vivía en la casa contigua, estaba en aquel momento contando su dinero en la azotea. Pensando tomar el pelo a Nasrudin, le echó a los pies una bolsa que contenía exactamente cien denarios de oro.

- Gracias –dijo Nasrudin, y entró corriendo en casa.

Enseñó las monedas a su mujer, que quedó impresionada.

- Perdóname –le dijo. Nunca he creído en serio que fueras un santo, pero ahora veo que lo eres.

Durante los días que siguieron, el vecino vio que entraban en casa de Mulá toda clase de cosas lujosas.

Empezó a inquietarse, y al final se presentó en casa de Nasrudin.

- Sabrás, amigo, que soy santo. ¿Qué quieres? –le saludó el Mulá.
- Quiero mi dinero. Fui yo quien te echó aquella bolsa de monedas de oro, no Dios.
- Tú puedes haber sido el *instrumento*, pero el oro no vino como resultado de que yo te lo pidiera a *tí*.

El avaro estaba fuera de sí.

- Te llevaré inmediatamente al magistrado y se nos hará justicia.

Nasrudin accedió. Cuando salieron a la calle, Nasrudin dijo al avaro:

- Yo voy vestido con harapos. Si aparezco contigo ante el magistrado, la disparidad de nuestro aspecto puede predisponer en tu favor al tribunal.
- Muy bien –rugió el avaro-; ponte mi túnica y yo vestiré la tuya.

Habían recorrido unos pocos metros cuando Nasrudin dijo:

- Tú vas montado y yo voy a pie. Si aparecemos así ante el magistrado, pensará que ha de fallar a favor tuyo.
- ¡Yo sé quien va a ganar este caso, sea cual sea su aspecto! Puedes montar mi caballo.

Nasrudin montó el caballo y su vecino le siguió a pie. Cuando les tocó el turno, el avaro explico lo ocurrido al juez.

- ¿Y qué contestas tú a esta acusación? –preguntó el juez al Mulá.
- Señoría, este hombre es un avaro, y además, sufre de alucinaciones. SE imagina que *él* me dio el dinero. En realidad, vino de una fuente más elevada. Pero este hombre se *imaginó* que me lo daba él.
- ¿Cómo puedes probarlo?
- No hay nada más sencillo. Sus obsesiones toman la forma de creer que le pertenecen cosas que no son tuyas. Pregúntele de quién es esta túnica...

Nasrudin hizo una pausa y señaló la túnica que llevaba puesta.

- ¡Es mía! –gritó el avaro.
- Ahora –continuo Nasrudin-, pregúntele de quién es el caballo que yo montaba al llegar a este tribunal...
- ¡Ibas montado en *mi* caballo! –exclamó el demandante.
- Caso fallado –dijo el juez.

El sufi considera el dinero un factor activo de las relaciones entre la gente, y entre la gente y el medio en que vive. Como la percepción ordinaria de la realidad es muy limitada, no es sorprendente que el uso que hace del dinero el ser humano normal sea de perspectivas igualmente limitadas. El chiste de Nasrudin sobre las ranas explica algo sobre este aspecto:

Un transeúnte vio a Nasrudin tirando dinero a una alberca, y le preguntó por qué lo hacía.

- Yo iba montado en mi asno cuando resbaló y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer en este estanque. Ninguno de los dos hubiéramos salido con vida del accidente. De repente, las ranas empezaron a croar. Esto asustó al asno, que dio un salto hacia atrás y así nos salvamos.
- ¿Acaso las ranas no deben ser recompensadas por salvar nuestras vidas?

Mientras a un nivel ordinario este chiste parece presentar a Nasrudin como un estúpido, los significados más profundos son reflejos directos de las actitudes sufis respecto del dinero. Nasrudin las recompensa en atención a la regla general de que una buena acción debe ser recompensada. El hecho de que las ranas empezaran a croar accidentalmente es otro factor digno de reflexión. Por lo menos en un respecto, las ranas eran menos culpables que la gente normal, pues probablemente no creían ser capaces de usar el dinero, ni bien ni mal. Se cita también este relato en el sentido de “echar perlas a los cerdos”, en respuesta a alguien que preguntó a un sufi por qué no daba a conocer a todos su comprensión y sabiduría, y en especial a la gente que (como las ranas) se había mostrado bondadosa y comprensiva con él.

A fin de comprender los aspectos más amplios del pensamiento sufi, y antes de que se pueda progresar por los caminos que están fuera de la red arrojada sobre la humanidad por el Viejo Villano, deben visitarse las dimensiones suministradas por Nasrudin. Si bien Nasrudin es como una caja china, con múltiples compartimentos unos dentro de otros, ofrece al menos numerosos puntos de entrada en una nueva manera de pensar. Familiarizarse con la experiencia de Nasrudin equivale a abrir muchas puertas en los textos y prácticas más complicados de los sufis.

A medida que aumentan nuestras percepciones, aumenta también el poder de extraer el alimento de los relatos de Nasrudin. Ofrecen al principiante lo que los sufis llaman un “golpe”, un impacto calculado que opera de modo especial, preparando la mente para la tarea sufi.

Considerando como nutrición, el golpe de Nasrudin se denomina un coco. Este término procede de una sentencia sufi: “Un mono tiró un coco a un sufi hambriento desde la copa de un árbol, y el coco fue a darle en la pierna. Lo recogió, bebió su leche, comió la pulpa, y con la cáscara se hizo un cuenco”.

En cierto sentido todos los relatos de Nasrudin cumplen la función del golpe literal que figura en uno de los más sucintos:

Nasrudin dio un cántaro a un muchacho, le dijo que lo llenara de agua de un pozo y le propinó un golpe en la oreja.

- ¡Y procura que no se te caiga al suelo! –gritó

Un hombre que contemplaba la escena, dijo:

- ¿Cómo puedes pegar a alguien que no ha hecho nada malo?

- Supongo –replicó el Mulá- que preferirías que le pegara después de haber roto el cántaro, cuando tanto el cántaro como el agua se hubieran perdido. De este modo, el muchacho lo recuerda, y así se salva el recipiente y su contenido.

Como el sufismo es un trabajo de mucha amplitud, el aspirante no sólo ha de aprender, como el muchacho. El trabajo, al igual que el cántaro y el agua, tiene sus propias reglas, al margen de los métodos mundanos de las artes y las ciencias.

Nadie puede emprender el camino sufi si no tiene la potencialidad para ello. Si lo intenta, las posibilidades de error son demasiadas para que pueda volver con el agua sin romper el cántaro.

A veces los relatos de Nasrudin adoptan la forma de aforismos, como los ejemplos siguientes:

De hecho, no es así.

La verdad es algo que nunca digo.

No contesto *todas* las preguntas; sólo aquellas que los sabihondos se formulan en secreto.

Si tu asno permite que alguien te robe el abrigo, róble su silla.

Una muestra es una muestra. Pero nadie compraría mi casa si enseñase un solo ladrillo.

La gente clama por probar el vinagre de mi vendimia. Pero no tendría cuarenta años de vejez si se lo permitiera, ¿verdad?

A fin de ahorrar dinero, dejé de alimentar a mi asno. Por desgracia, su muerte interrumpió el experimento. Murió antes de acostumbrarse a vivir sin comer.

La gente vende loros parlantes por enormes sumas. Nunca se detiene a comprarlas con el posible valor de un loro *capaz de pensar*.

Shah, Idries

“Los Sufis”

Barcelona - España: Editorial Kairós, 1996

Página 97 - 145